



MERCA Loyds

emecé

Loyds

MERCA



emecé
cruz del sur

La rubia se sube al auto con algo de desconfianza. Baja sus anteojos floreados con los dedos y me mira por encima con aire de superioridad. Le digo: *sí, soy yo, Johnny*, mientras mi mente insulta a la idiota de Jackie por no haberme avisado que estaba pasando a buscar a una bomba sexy hueca que requeriría el doble de mi atención. Jackie sabe bien que odio a las rubias histéricas, tal vez por eso no me alertó antes. Una vez sentada en la butaca del acompañante, la rubia estira sus largas piernas, examina el interior del auto y me pregunta si tardó mucho. Le digo que no, que el mensaje que le mandé desde mi *iPhone 11* tiene apenas un par de minutos, y lo chequea enfrente mío desde su móvil, un poco por ansiedad, otro poco, probablemente, para mostrarme su pedorro *Samsung* nuevo. Arranco el motor del *BMW X6*

que me regaló mi viejo para los 30 y acelero fuerte en punto muerto, para que la rubia escuche claramente el rugido alemán y termine de aprobar el transporte que le tocó en suerte. Pongo primera y salgo, convencido de que nunca vio un auto como este en su vida, aunque posiblemente ni se dé cuenta del asunto. Ella no tiene mejor idea que bajar su parasol en busca de un espejo. Su chillido histérico dice algo así como: *¡qué horror, no tenés espejo!*, y yo disimulo mi vergüenza con una burla suspicaz hacia su frivolidad. Me gustaría contarle que el espejo está en la guantera, siempre listo para otros menesteres, pero todavía no me animo porque ni sé cuán careta es esta chiquita. De hecho, acabo de tomarme una raya para apaciguar la espera, antes de que ella baje. Para qué existen los vidrios polarizados si no. Y los espejos. Tal vez por eso mi incisiva y veloz respuesta la deja conforme y, sin hacerse cargo ni darse por aludida, se ríe, tal como se ríen todas las rubias. En el estéreo suena *David Bowie* y yo subo el volumen, mientras ella tararea una canción que creo es «Ziggy Stardust». Aspiro hondo y la coca se mete aún más adentro de la sangre que circula por mis venas.

Me siento bien y la rubia parece estar a gusto, cantando y moviendo levemente los brazos. Por un par de cuadras no hablamos o, al menos a mí, no se me ocurre nada inteligente para decir. Mejor así. En cada semáforo me dedico a relojear a través de mis *Ray Ban* esas piernas largas, finas y bronceadas, mientras la frula me sigue trepando a la cabeza. Ella parece darse cuenta de mis miradas, porque poco a poco va subiéndose la falda para, distraídamente, mostrarme un poco más. De pronto me pregunta: *¿viste al grasa ese del Megane?* Le contesto que no y ella afirma haberlo visto tirar un papel por la ventana. Me pide que lo alcance y me ponga a la par para decirle que se le cayó algo. Yo prefiero evitar la ironía —y los problemas— y no le hago caso. Ella insiste. En el siguiente semáforo nos toca al lado del *Megane*, pero yo lo esquivo deliberadamente. No me siento en condiciones de ajusticiar a nadie, primero porque vengo colocado, segundo porque no me gusta retar ni que me reten, tercero porque no creo que un papelito del orto incida en la limpieza de esta ciudad de garcha ni en el puto medioambiente. La rubia se queja como la malcriada de mierda que

seguramente es y yo la despacho con un *fuck off, break the rules*, que parece gustarle, como si de repente le despertase la faceta de chica mala. El *Megane* sigue merodeando unas cuadas más y los dos nos reímos. Hasta me animo a mostrarle al grasa la trompa de mi *BM*, cuyo ruido es mucho más *power* que el de su pedorro *Renault* nacional. Ella se da cuenta y dice: *igual ese auto es un cache total, ¿cómo querés que no haga grasadas si le chorrea?* Me gusta lo básico de su metáfora, me gusta estar en un buen auto con una buena rubia, camino a una buena casa en zona norte. Al fin y al cabo, esas son las cosas que todo hombre siempre quiere tener, aunque yo no consiga valorarlas. Pero hoy puede ser un gran día, estoy bastante puesto y me quiero divertir un poco.

Llegamos a lo de Jackie, que hoy hace un *baby shower*. Alguien me explica que un *baby shower* es una especie de evento que ahora está de moda, organizado por una mina que va a tener un hijo, con la excusa de mostrarse embarazada frente a otras chicas que le hablan de sus bebés o todavía

no están en situación de ser mamás, para que la adoctrinen o la envidien, respectivamente, y para de paso recibir regalos. Cuando entramos la cosa ya está bastante animada. Jackie aparece hinchada como una pelota de playa, con una copa llena de algo frío y rosa. En la parrilla, Sebas acomoda el fuego donde, según anuncia a cada uno que llega, pondrá a cocinar unas pizzas que él mismo amasó más temprano. También tiene una copa en la mano. Me saluda y me dice que están tomando un vino rosado riquísimo que les regaló el novio de la mamá de Jackie, la dueña de casa. Me pregunta si quiero un poco y le digo que sí, claro, mientras la rubia se desentiende de mí y empieza a hablar a los grititos con la pelota de playa y a acariciarle la panza, en una escena que me excita un poco. Le pregunto a Sebas cómo le sienta esto de ser el futuro padre y pone cara de nada. Me dice que le aburre escuchar todo el tiempo lo mismo, que el bebé y la maternidad y el parto y toda esa mierda, que lo único que quiere es volverse a su casa en Punta del Este. Propone que hablemos de otra cosa y empieza a comentar los partidos de fútbol de la última fecha y el nuevo disco de

no sé qué banda. Me da la sensación de que por momentos está medio ido, por cómo salta de un tema a otro sin ningún conector y por la manera meticulosa en que mueve las brasas bajo la parrilla. En un momento dado se queda estático, hace un silencio, me mira y me pregunta en voz baja si tengo un queto. Le miento y le digo que no. Probablemente sabe que le estoy mintiendo, porque me estudia unos segundos más con desconfianza. Después se ríe, se sirve un poco más de vino y me dice que el primer corte solista de *Liam Gallagher* es una reverenda garcha. Yo le contesto que coincido, aunque en realidad nunca lo escuché, y le pregunto qué onda la amiga de Jackie. Entonces él dice que es una rubia pelotuda, alejándose un poco para que no lo escuchen y para poder agarrar la primera pizza que va a poner a la parrilla. Aprovecho para hacer un paneo del resto de los presentes, justo en el momento en que una morocha que actúa en la tele pierde todo el *glamoury* se tira a la piletta completamente vestida, atrás del hijo que tuvo con su novio famoso, que se le acaba de caer al agua. Entre los demás, la distingo a Maca, borracha como siempre, que se tambalea

por el jardín mientras apunta a alguien con una cámara de fotos. Cuando me ve se ríe histérica, me abraza y me golpea un poco con la cámara. Me cuenta que está estudiando fotografía y yo le digo que qué bueno, y ella se vuelve a reír y agrega que acaba de rendir un examen en el que le fue muy mal porque no estudió nada, y yo me pregunto qué será lo que hay que estudiar para sacar fotos y a la vez le pregunto dónde está el baño porque no veo el momento de meterme otra raya. Me indica que adentro, derecha, izquierda o algo así, y le pregunto también si la pareja dueña de casa está y ella se encoge de hombros. Me meto en la casa y encuentro un baño con traba en la puerta, ideal para olvidarme un poco de este puto *baby shower* al que ya me arrepiento de haber venido. Preparo una línea bien gorda con una de mis tarjetas de crédito, sobre la mochila del *wátery*, justo cuando enrolló mi billete de cincuenta dólares siempre listo para la ocasión, alguien golpea la puerta. Digo que está ocupado casi al mismo tiempo que una voz de mujer pregunta: ¿*hay alguien?* Alzo un poco la mía para repetir que está ocupado mientras veo que la muy ansiosa hace girar el picaporte hacia

abajo para comprobar que la puerta está trabada. Cuando desiste, me inclino sobre mi raya gordita y aspiro con fuerza, primero con un orificio de la nariz hasta la mitad, luego con el otro hasta el final. Me gusta partir mis líneas y que las dos mitades sean lo más exactas posibles. Desenrollo, limpio y guardo mi billete. Chequeo frente al espejo que no queden rastros en mi nariz, destrabo la puerta y salgo del baño y de la casa. Ya en el jardín, las cosas tienen otro color, me empiezo a sentir vital otra vez. Los veo a Javi y a Martín que, recién llegados, me miran desde lejos, y me acerco a saludar. Qué suerte que vine.

Martín parece más colocado que yo. Le pregunto si tiene, más que nada para pasarle el dato a Sebas y que no me rompa las bolas a mí. Odio sentir que toda una fiesta depende de la *fucking* bolsa que tengo en el bolsillo. Martín me dice que no, que últimamente no está tomando porque le pega mal y después no puede trabajar. Martín se autodenomina «artista plástico» y cuando habla de trabajar se refiere a unos cuadros rarísimos

que pinta en el atelier que tiene instalado en la casa de sus viejos en *Tortugas*. El padre de Martín es el dueño de la mitad de la Argentina y él es único hijo, con lo cual puede trabajar de lo que quiera, así sea de artista. De hecho, la primera exposición que hizo fue curada por su vieja, que además se encargó de que sus amigas le compraran todos los cuadros al hijo. La gente del palo le da mucha bola porque sabe que Martín tiene espalda para hacer cualquier movida, aunque después, por la misma espalda, lo destrocen sin piedad. Él lo tiene clarísimo, pero igual esos muñecos le sirven y cuando alguno se le cruza fuerte, al toque lo borra de sus futuros beneficiarios. Además no le importa, es más, tiene una teoría y es que el arte de todos esos boludos está condicionado por el hecho de que tienen que mantenerse económicamente, de que no son libres para crear porque además tienen que vivir. En cambio él no tiene ese problema y por ende su obra está completamente liberada de cualquier condicionamiento. A mí me gusta su forma de razonar y sobre todo cómo la cuenta, y por eso lo banco. De arte no entiendo un carajo, pero él dice que no hay nada que entender, que es

un tema de gustos, puramente subjetivo. En ese caso, sus cuadros en particular me parecen una poronga, aunque siempre le digo que me encantan. Martín me cuenta que dentro de poco va a exponer en una galería de la Avenida Alvear, que me va a mandar la invitación al *vernissage* por mail o por *Instagram*. Le contesto que obvio y que buena onda, aunque ya sé que no voy a ir ni en pedo. Cuando Javi me saluda, le pregunto cómo anda su viejo y me dice que mejorando. El padre de Javi tiene varios campos y, yendo de uno al otro, se la puso con la camioneta y se salvó por poco. Hace meses que está entubado en el *Fleni* haciendo rehabilitaciones de todo tipo. Le digo que me alegro y le pregunto si después a la noche va a ir a *Tequila*. Contesta que no, porque al otro día tiene que ir a visitar al viejo temprano. En ese momento le suena el teléfono y se aleja un poco para responder. Por la manera en que suaviza la voz sé que se trata de una de las minitas a las que Javi es adicto en calidad y cantidad. Giro para el costado y la veo a la actriz toda mojada muy cerca de mí, y no me queda otra que saludarla porque justo me mira. Le doy un beso y me presento: *Johnny*, le digo, para

que crea que no tengo la más puta idea de quién es. Pero ella sólo responde: *hola*, dando por entendido que los dos sabemos que yo sé quién es ella. Odio a los famosos. Me encanta la gente presumida por naturaleza, pedante porque nació así, pero odio a la que se transforma en eso después de volverse famosa. Y esta pendeja encima no es más que la hija de alguien, si no fuera por eso no la conocería nadie. Además tiene un cutis de mierda. Su pelo es divino pero su cutis es de terror. Me pregunto si al rato caerá su novio igual de famoso y ruego que no, porque con ella presente ya me basta. De pronto me escucho putear en voz alta, como exteriorizando mi fastidio interno y me doy cuenta de que estoy re duro. Por suerte nadie llega a oír mi puteada. Le echo la culpa al peruano ese que consiguió Robert y a la muy buena porquería que vende. Robert es el único tipo en quien confío, el único que hasta ahora nunca me garcó, lo cual es mucho decir dado mi alto nivel de exigencia. Nos conocemos hace quince años y siempre fui una especie de sponsor para él, eso debe haber influido también. A cambio, hace casi todo lo que le pido. Entre otras cosas, pegarme la mejor

merca que se pueda conseguir en nuestro pequeño círculo: el mejor círculo para conseguir merca, el peor para todo lo demás. Me sale carísima, pero para mí no hay plata mejor gastada. Es probable que Robert se quede con una parte del *business*, y de ser así me chupa un huevo. A mí lo que me importa es siempre tener mi pelpa, sin embarrarme yendo a comprar ni tener que recibir a un *fucking dealer* en mi casa. El peruano ni idea quién es, me dijo Robert que este año le empezó a pegar a un peruca que era el que le vendía al Diego y, no sé si será cierto, pero a partir de entonces estoy tomando la mejor mandanga de mi vida. Antes odiaba a los peruanos, me parecían todos chorros, ahora reconozco que me caen un poco más simpáticos, porque además a este no se le corta la línea nunca. En eso viene Jackie con la otra pelotuda de la cámara de fotos, se me pone al lado y le pide que nos saque una. La mina está desfilando su embarazo por el jardín y quiere fotos con todos, como la novia que recorre las mesas en un casamiento. Un pelotazo. Jackie me pregunta si quiero ponerle la mano en la panza y yo digo que no porque tengo miedo de que se me pare la pija. Pongo mi

mejor sonrisa para que quede congelada mientras la otra enfoca manualmente haciéndose la fotografía artesanal. Le pido que ponga en automático pero no me da bola. Sostengo mi sonrisa lo más que puedo hasta que de tanto esperar se me desmorona. Entonces Maca dispara, mira la imagen y me bate: *qué cara de orto, chabón, sonreí un poco*, y lanza una carcajada burlona. No sé si me molesta más que me diga chabón haciéndose la minita de barrio, su risita socarrona o todo lo que tardó. Igual no le contesto, no quiero engranar, solo quiero disfrutar de la tarde, del jardín, del sol, del vino rosado y de la bolsa que tengo en el bolsillo. Me acerco al quincho para ver cómo van las pizzas y aprovecho también para hacer un *refill* de mi copa de rosado. La rubia conversa con otras varias tilingas y me pide que me acerque mientras les cuenta el episodio con el *Megane* en nuestro camino de ida, como si fuera el relato más gracioso de la historia. Cuando termina se ríe muy agudo y vuelve a contar el final. Yo revivo mi sonrisa falsa aunque el cuento y la narradora no me causen ni un poco de gracia. La rubia remata diciendo: *¡es el tipo más simpático del mundo chicas!* Yo la quiero

descuartizar, pero me contengo, sonrío y tomo un largo sorbo de vino mientras pienso si no irá siendo hora de hacer otra expedición por el baño. Me suena el teléfono, así que aprovecho para alejarme un poco del grupo. Miro el *caller id* y me aparece número desconocido. Odio las llamadas no identificadas, pero a la vez me da mucha curiosidad saber quién es, sobre todo cuando estoy medio puesto. Atiendo y nadie responde. Enseguida vuelve a sonar. Esta vez escucho la voz de Marina, que me saluda y me dice: *tanto tiempo*. Marina es la hija de re mil putas de mi exnovia.